

Los libros y la lectura: la biblioteca familiar

• ROSA M^a GRAU GUADIX

Podemos resumir en tres las principales instituciones concernidas en la educación lectora de niños y jóvenes: la escuela, la biblioteca pública y la familia. Desde estas páginas, las dos primeras han tenido una constante dedicación desde los primeros números de la revista. Y sin embargo, el tercer elemento, salvo algún que otro artículo o reseña esporádico, no ha recibido un tratamiento más completo.

A propuesta de José A. Gómez, autor del artículo sobre la "Lectura y la vivencia del tiempo" que se incluye a continuación de éste, estamos pensando en la necesidad de cubrir esa laguna dedicándole un dossier completo o incluso un número monográfico al tema "lectura y familia", tomando este último concepto en un sentido amplio (abriéndolo a "amigos", "compañeros", "colegas", etcétera).

Como avance o incentivo para quien desee enviarnos sus reflexiones o experiencias para ese futuro número, presentamos este artículo de Rosa M^a Grau, bibliotecaria de las Cortes, en el que se incide en estas cuestiones desde diversas perspectivas.

Si pensamos en la parte de las grandes lecturas que debemos a la Escuela, a la Crítica, a todas las formas de publicidad, o, por el contrario, al amigo, al amante, al compañero de clase, o a veces incluso a la familia, el resultado es claro: las cosas más hermosas que hemos leído se las debemos casi siempre a un ser querido. Y a un ser querido será el primero a quien hablemos de ellas. Quizá, justamente, porque lo típico del sentimiento, al igual que del deseo de leer, consiste en *preferir*. Amar, a fin de cuentas, es regalar nuestras preferencias a los que preferimos. Y estos repartos pueblan la

invisible ciudadela de nuestra libertad. Estamos habitados por libros y por amigos". Daniel Pennac. *Como una novela*.

Los libros se comparten, se hojean en compañía, se comentan. Un libro de arte, de decoración, de paisajes, es a menudo motivo de comunicación. ¿quién no ha pasado las páginas de una obra con ilustraciones maravillosas en



compañía de alguien? Y en el caso de los niños ¿cuántos ratos dedicados a mirar y comentar los dibujos de un cuento que casi no tenía texto, pero que nosotros ilustrábamos hasta el mínimo detalle!

La Real Academia define rito como *costumbre* o *ceremonia* y el libro es rito porque participa de ambos conceptos. Es costumbre porque el interés por los libros y su cuidado se adquiere desde niño. Esos hábitos aprendidos en casa y en la Escuela nos acompañarán siempre. Y desde luego, la mejor forma de transmitir esos hábitos es precisamente tenién-

dolos. Nuestros hijos aprenderán por imitación, igual que aprendimos nosotros. Es ceremonia porque el libro tiene algo de religioso. El culto al libros se traduce en una cierta solemnidad en todo lo que le rodea. Va acompañado de un respeto reverencial hacia su incuestionable valor y de un protocolo en los hábitos a él asociados.

Nuestra biblioteca de casa es un reflejo de lo que ocurre en cualquier biblioteca (pública, nacional, histórica, etcétera). En ellas se repiten sistemáticamente una serie de tareas que van desde la selección y adquisición hasta la puesta a disposición del usuario para su lectura. Si somos aficionados a la lectura, si tenemos una colección de libros más o menos grande en casa, realizaremos las mismas tareas de forma habitual.

Hay que **seleccionar**, es decir, hay que elegir qué libros compramos, qué libros regalamos y qué libros pedimos prestados. Esta selección lleva asociadas una serie de costumbres: visitar librerías, ferias, bibliotecas, estar atentos a los comentarios sobre nuevas publicaciones. El fruto de esas elecciones configurará la personalidad de nuestra biblioteca.

Una vez elegido, el libro se lee o se deja, esperando el momento en que sus páginas nos reclamen atención. Si nos lo han prestado, naturalmente debemos devolverlo en un tiempo prudencial (esta es una costumbre especialmente sana), pero si lo hemos comprado, seguramente nos gustará ponerle nuestro sello de propiedad. Esta marca, denominada "ex libris", es un elemento ajeno al libro, pero es la confirmación definitiva de que es nuestro.

Los "ex libris" vienen utilizándose desde el siglo XVI, los hay bellísimos. Es fácil fabricarse uno, pero si no lo tenemos, nuestro nombre y la fecha serán datos que, pasados los años, nos recordarán cuándo lo obtuvimos y en qué circunstancias, además de tener la utilidad de que si lo prestamos será un posible recordatorio para el amigo distraído que se olvidó devolvérmolo.

La **colocación** y el **mantenimiento** de los libros son también hábitos dignos de tener en cuenta. Cada libro debe tener su sitio, a donde volverá una vez que ha sido consultado o leído. El buen trato al libro forma parte también del ritual libresco. En este punto, no conviene cargar la mano en el caso de los niños porque lo irán aprendiendo de forma natural. Es preferible que lean, aunque el trato que le den al libro no sea muy de nuestro agrado, a que se despierten en ellos sentimientos de rechazo o de antipatía hacia el objeto que es motivo de una excesiva exigencia.

El libro es **objeto de lectura** y, como tal, es parte de nuestra manera de vivir. Pensemos el tiempo que dedicamos a los libros diariamente, en forma de lectura continuada o consulta. La respuesta nos dará la clave del lugar que ocupan en nuestra vida cotidiana. Difícilmente podremos esperar de nuestros hijos que lean si no nos ven prácticamente nunca con un libro en las manos o si no nos ven recurrir a un diccionario o enciclopedia ante cualquier duda.

El libro es, además, **objeto de regalo**, pero la elección es fundamental. No se compra cualquier libro para salir del paso "porque hay que regalar algo" "y el libro es muy socorrido". El libro se elige especialmente para una persona determinada porque sabemos que le puede gustar o porque, al individualizarle, queremos y sabemos que va a sintonizar con su contenido.

En el libro coexisten tres partes muy diferenciadas: su **contenido**, es decir, el texto, que es único, independiente de la edición, la **información adicional**, que ilustra sobre el texto, el autor y las

partes intervinientes en su proceso de elaboración, y el **objeto físico**. Cuando cogemos un libro en nuestras manos podemos apreciar una serie de aspectos que van más allá del contenido: ilustraciones, grabado, presentación de la cubierta, color, olor, edición, dedicatorias, estética, citas, comentarios sobre el autor o sobre la obra, anuncios, anotaciones personales, tan apreciadas por los bibliófilos, y sellos. A todos estos aspectos habría que añadirles la carga afectiva, que depende de su procedencia, quién nos lo regaló, cuándo, dónde, de quién lo heredé, cuándo lo compré, que convierten cada libro en un objeto único y, en muchos casos, com-

"Difícilmente podremos esperar de nuestros hijos que lean si no nos ven prácticamente nunca con un libro en las manos o si no nos ven recurrir a un diccionario o enciclopedia ante cualquier duda".

pañero para toda la vida. El libro es, por tanto, contenido y algo más, mucho más, y buena parte de ese valor añadido es fruto de nuestra aportación.

La biblioteca personal

La biblioteca personal o la biblioteca familiar es **historia**. Decimos que la Biblioteca Nacional es la memoria de un país, lo mismo podríamos decir de nuestra biblioteca. Cada libro corresponde a una etapa, lo compramos, nos lo regalaron, lo heredamos en un momento determinado de nuestra vida. El conjunto de todos nuestros libros, nuestras revistas, son, pues, la memoria de nuestra evolución, descubrimos cómo fueron cambiando nuestros gustos, nuestras posibilidades económicas, nuestros amigos, nuestro lugar de residencia y nuestra propia personalidad.

La biblioteca familiar, muchas veces heredada, es uno de los

puntos de referencia de nuestra niñez. Como dice Litton, "allí donde hay tres libros, hay una biblioteca". No importa mucho si la biblioteca de nuestra familia tenía muchos o pocos libros, lo que importa es el recuerdo que tengo de ellos. ¿Quién no guarda en su memoria aquellos momentos en que su padre bajaba un libro de la estantería lleno de láminas que a nosotros nos parecía fascinante y que casi no nos dejaba tocar? ¿O aquél otro libro, colocado en lo alto, medio escondido, que por algún motivo no confesado no nos dejaban leer o mirar? ¿quién era aquella Lady Chatterley tan misteriosa? ¿O aquel libro que tardamos tanto en descubrir a pesar de ver su lomo a diario? Y, a su vez, esa unidad que es la biblioteca familiar es una síntesis de, al menos, dos personas que un día decidieron vivir juntas. Se juntan los libros como se juntan las almas y forman una tercera biblioteca, que es más que la suma de dos.

La biblioteca personal está formada por el conjunto de libros y revistas que hemos ido acumulando a lo largo de nuestra vida. Tenemos libros de cuando éramos niños, los que hemos ido eligiendo, comprando, no siempre leyendo, pero que están ahí, esperando como buenos amigos. Tenemos los libros que nos han regalado, los que nos hemos encontrado o recogido de la calle o de la papelería, como quien rescata a un naufrago. Todos ellos y otros materiales, como videos, CD-ROM, los recién nacidos en España audiolibros, etcétera, configuran nuestra biblioteca personal.

Si nos atenemos al sentido de la palabra bibliófilo, casi todos lo somos. La palabra bibliófilo viene de los vocablos griegos "biblio", que quiere decir libro, y "philos", que quiere decir amigo. Así que, en principio, todos somos amigos de los libros. Sin embargo, bibliófilo define a la persona aficionada a las ediciones originales, raras y curiosas. La biblioteca del bibliófilo tiene unas características particulares que quedan fuera del propósito de este comentario. Lo mismo ocurre con las bibliotecas de ciertos profesionales, como

abogados, científicos, escritores, que suelen ser muy especializadas, y que son, en realidad, pequeñas bibliotecas dentro de la biblioteca familiar en su conjunto. Hablemos, por tanto, de las bibliotecas que se encuentran en la mayoría de los hogares. En estas bibliotecas que definimos como familiares suele haber una serie de libros que podríamos agrupar de la siguiente manera:

Obras de referencia: enciclopedias, diccionarios, manuales de historia, literatura, ciencias naturales, atlas geográficos o históricos, etcétera. Se hace necesario hacer hincapié en la importancia que este tipo de libros tiene en el hogar. Son objeto de consulta para los adultos, que recurren a ellas para completar cualquier información que necesitan en la vida cotidiana, pero son, al mismo tiempo, herramientas imprescindibles para los niños de la casa, si los hay, en su trabajo como escolares, así como punto de referencia necesario para los universitarios. El hábito de su consulta, a veces por motivos intrascendentes, puede ser un buen ejemplo para los menores y una fuente de mayor conocimiento para los adultos, dando como fruto una mejor formación y preparación de todos ellos.

Aparte de la biblioteca de referencia, nuestra biblioteca está poblada por todos aquellos libros que hemos ido acumulando: **novelas, ensayos, libros de arte, música, psicología, poesía, religiosos, teatro**, una lista interminable de géneros y de posibilidades. El resultado es una biblioteca que define a sus propietarios, que muestra sus inquietudes y sus aficiones. En este sentido no se pueden establecer criterios definitivos porque cada lector debe tener la libertad absoluta de elegir las obras que le interesan. De todas formas, una licencia: no está mal tener, al menos, una pequeña selección de clásicos: una buena antología poética, Cervantes, Quevedo, Gracián, nuestros escritores preferidos del XIX, Tolstoy, Dostoiewski, Flaubert, Dickens ¡en fin!, casi todos entrarían en el capítulo de los imprescindibles, aunque siempre

será una selección al arbitrio de sus propietarios.

En cuanto al **orden**, la biblioteca privada tiene el encanto de no estar sujeta a las normas rígidas y rutinarias típicas de todas las bibliotecas, hoy día completamente informatizadas. Aquí el dueño fija sus propias reglas, determina su colocación, a veces forzado por la disposición del espacio que la casa le ofrece. Podrá ordenarlos por géneros (novelas, ensayos, teatro, diccionarios, etcétera), podrá ordenarlos todos alfabéticamente por su autor, por temas, tamaños, por colecciones. Podrá, si se encuentra con fuerzas, fabricarse su catálogo, incluso informatizarlo. Pero lo más importante es que nuestra biblioteca personal, es decir, su catálogo, lo llevamos en la cabeza. Sabemos más o menos los libros que tenemos y dónde los tenemos colocados. Si ese objetivo se cumple, la finalidad de la biblioteca personal, que es

"Los libros nacen para ser leídos y todas las bibliotecas se crean para que sus fondos se utilicen lo más posible".

estar al servicio de su o sus propietarios, se cumplirá también. Eso sí, el libro tiene que tener su sitio y volver a él una vez que se haya usado. Esta es casi la única regla de la que no podemos prescindir si queremos encontrarlo más tarde y, sobre todo, que lo encuentren los demás.

Un punto especialmente delicado en las casas es el **préstamo**. tenemos miedo de prestar libros porque no sólo se le olvida devolvérselo al amigo sino que, muy a menudo, se nos olvida también a nosotros a quién se lo prestamos y no sabemos ni siquiera a quién reclamarlos. Se puede habilitar un libro o cuaderno, los hay preciosos, con las páginas en blanco, que esté en lugar visible, donde apuntaremos, después de firmar un pacto todos los miembros de la casa, los libros que prestamos, especificando a quién y la fecha.

Binomio biblioteca-lectura

Biblioteca y lectura son palabras estrechamente unidas. Hay personas que tienen una biblioteca y han hecho una selección de sus libros en función de motivaciones distintas de la lectura. Puede haber un interés por conseguir un mayor prestigio social, al mostrar en las estanterías unos libros cuidadosamente elegidos, pero que nunca se usan. También pueden darse motivaciones estéticas o buenos propósitos de dedicar tiempo a su lectura, que nunca se materializan en hechos. Son opciones igualmente respetables.

Lo que sí parece incuestionable es que los libros nacen para ser leídos y todas las bibliotecas se crean para que sus fondos se utilicen lo más posible. Lo mismo ocurre con las bibliotecas personales. Su grado de importancia está en función de nosotros mismos, del uso que hagamos de ella, del conocimiento que tengamos de su contenido y del valor íntimo que le demos. Hay bibliotecas privadas que son verdaderas joyas, muchas veces donadas a bibliotecas institucionales por sus herederos, y que aumentan el patrimonio nacional. Pero, salvo que seamos bibliófilos declarados, nuestra biblioteca debe aspirar a ser la mejor para nosotros, la que nosotros queremos y cuidamos, la que nos sirve de refugio y apoyo en lo profesional y en lo personal. Si la vivimos así, será una fuente de satisfacción permanente en nuestra vida.

En el seno de la familia la lectura se sugiere, no se impone. Las imposiciones normalmente vienen de fuera, del colegio para los niños, de la universidad o del trabajo de cada uno. Hay textos que tenemos que leer porque son necesarios para la ocupación que cada miembro de la familia tiene. Pero el placer por la lectura, la costumbre de leer, es una elección personal, como lo es la música o practicar un determinado deporte. Con los niños, la sugerencia debe ser indirecta, como un juego más, que se traduce en una comunicación a nuestros seres queridos de aque-

llo que nos gusta y que consideramos bueno para nuestra salud mental. Los libros son, pues, objeto de comentario, se van pasando de unos miembros a otros de la familia. Si queremos interesar a alguien en algún libro en particular, lo más importante es que descubran que nosotros hemos disfrutado con su lectura, que el tema es apasionante. Si nos ven viviendo la historia, la intención de leerlo se dará naturalmente y, como nos descuidemos, es muy posible que el libro aparezca en otra mesilla antes de que nosotros lo hayamos acabado ¡Incluso habrá que establecer un turno de lectura! El despertar interés por la literatura está en crear ese ambiente en la casa, en el que la lectura es una actividad común, cotidiana, en un ambiente de genuino interés, convirtiéndose así en un motivo de diálogo y comunicación constante.

Las bibliotecas externas como apoyo a la biblioteca personal

Las bibliotecas personales o familiares, incluso las mejor dotadas, necesitan el apoyo de otras bibliotecas y no suele ni puede ser nuestra aspiración poseer todos los libros y revistas que leemos. Las bibliotecas nacionales, públicas, regionales, históricas, institucionales y escolares tienen la misión de cubrir las necesidades de sus usuarios. Son el complemento imprescindible de las bibliotecas personales o familiares y, además, deben ser impulsores de la lectura en términos generales.

El aumentar el número de ciudadanos que leen es objetivo primordial de cualquier gobierno que quiera servir a su país, que debe de estar atento a la disminución o aumento de los índices de lectura, y hay que tener presente que España ocupa actualmente el penúltimo puesto de la Unión Europea. Desgraciadamente, no siempre las bibliotecas son objeto de atención prioritaria. Se echa de menos campañas que potencien su uso, dando a conocer las existentes. Se echa de menos, también en España, a nivel nacional, autonómico y local, planificacio-

nes serias desde el principio hasta el final. Y lo que es más grave, las iniciativas, cuando las hay, no llegan al ciudadano porque su ámbito de difusión es muy restringido. En raras ocasiones los medios de comunicación dedican tiempo y espacio para informar sobre el potencial bibliotecario de forma general y local. Es lamentable que no se tenga siempre presente que el nivel cultural y la capacidad de progreso de un país depende de sus índices de lectura y de la explotación de su patrimonio documental y bibliográfico. Para aumentar éstos, las



"El placer por la lectura, la costumbre de leer, es una elección personal, como lo es la música o practicar un determinado deporte".

bibliotecas de acceso libre para todos los ciudadanos son la piedra angular del sistema. Es éste un buen momento para que se replantee a todos los niveles la política bibliotecaria seguida en la última década, dándole un nuevo impulso. Es necesario establecer unas directrices de actuación, acompañadas de una planificación bibliotecaria, en algunos casos muy estancada, como es el caso del Plan Regional de bibliotecas de la Comunidad de Madrid, iniciado en 1988, que se ha ido dilatando en su realización y que tiene sin acabar su primera fase y sin comenzar la segunda.

Debiera ser tarea prioritaria de los gobiernos autonómicos impulsar las bibliotecas escolares, para lo que sería imprescindible implantar la figura del bibliotecario en los colegios; y las bibliotecas públicas, fomentando su uso, lo que redundaría en una formación integral de los ciudadanos desde la base, que es lo que realmente permite colocar los cimientos de la sociedad futura.

* Rosa M^a Grau Guadix es archivera-bibliotecaria de las Cortes Generales.